

Una vida de vocación y aventura en la docencia y la historia: la maestra Carmen Castañeda

MARCELA ZÚÑIGA
EHESS, París, Francia

Para quienes tuvimos la suerte de tenerla como profesora de historia en la antigua Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guadalajara, siempre será “la maestra Carmen”. Contaba con los elementos necesarios para ser la maestra de historia ideal: el amor por la enseñanza y la pasión por la historia. Los alumnos que estuvimos cerca de ella, también fuera de las aulas, estamos convencidos de haber encontrado en su persona un pleno ejemplo de vida.

Con esa sencillez que la caracterizaba, siempre procuraba compartir sus conocimientos con los demás, como aquellas enseñanzas que ella misma había aprendido cuando fue alumna, sobre todo de los maestros que admiraba y recordaba con cariño, como los doctores Alberto Ladrón de Guevara y Luís González y González. Era pues muy común oírle decir: “y como decía don Luís...”, como aquella recomendación que me hacía con insistencia: “tú ponte a escribir y ya saldrán las ideas más claras sobre la marcha”.

Su vocación por la docencia al parecer la traía en la sangre, pues su abuela materna había sido maestra de primaria, además de que fue la mayor de ocho hermanos a quienes ayudó todo el tiempo en sus diferentes actividades; seguramente por ello desarrolló ese sentido maternal con el que trataba a sus alumnos; era protectora y complaciente,

aunque no por ello menos estricta. Su carácter se manifestaba tal como lo afirmarí en alguna de las entrevistas que le fueron realizadas: “Lo que más me da satisfacción en la vida es enseñar. Nací para ser maestra”.¹

Nunca perdía la oportunidad para entusiasarnos a seguir el camino de la investigación, y junto con ello intentaba vincularnos de alguna manera con sus relaciones académicas para buscar nuevas oportunidades de estudio o laborales. En ciertas ocasiones, cuando por ejemplo yo dudaba en dirigirme a alguno de sus amigos, surgía el único regaño que recuerdo de su parte: “Marcela: la vergüenza no te servirá nunca de nada, olvídate de esas cosas”, pienso que es un reproche que deberé evocar en su nombre cada vez que lo necesite.

En mi quinto y último año de la licenciatura en Historia me invitó a trabajar con ella como segundo asistente de investigación junto con Myrna Cortés, quien ya estaba en el CIESAS Occidente colaborando con ella. Allí tuve mi primer contacto con el mundo de la investigación, tanto en cuestiones metodológicas como técnicas. Fue precisamente en esa época cuando la maestra me sugirió leer el trabajo exhaustivo de Clive Griffin sobre la historia de los Cromberger,² hecho que después entendí como una estrategia de su parte para que me sintiera completamente atraída por el estudio del libro, estrategia que evidentemente dio resultado; quedé tan maravillada con la monografía que la consideré un importante modelo para mi trabajo. Así pues, al año siguiente permanecí en el CIESAS como becaria de tesis de licenciatura bajo su dirección, donde mi investigación, que se refería a la producción y la censura de libros, formaba parte de su gran proyecto “La cultura del libro en Guadalajara, 1793-1821”. Un año más en que la maestra me transmitía sus conocimientos y me hacía participe de diferentes actividades académicas como seminarios, coloquios y visitas a diferentes archivos.

1 Entrevista realizada por Eva Loera para la *Gaceta Universitaria*, « El orgullo de ser Universitario: La maestra Carmen Castañeda García », Universidad de Guadalajara, 2002, p.26

2 Clive Griffin, *Los Cromberger. La historia de una imprenta del siglo XVI en Sevilla y Méjico*, Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1991, 384 p.

Recuerdo en una ocasión, y dentro de ese mismo proyecto, haber estado precisamente en esta biblioteca, la Elías Amador, con la maestra y Myrna, localizando los libros del Catálogo sobre las producciones de Guadalajara. Era un placer viajar con ella; nos mostraba muchos lugares interesantes y nos platicaba de anteriores experiencias vividas en ellos, éstos le eran tan familiares tanto por sus innumerables visitas como por las amistades que hacía en cada ocasión.

Resultaba una interesante aventura asistir a los archivos históricos en su compañía, era impresionante ver la emoción que la invadía desde el momento en que entraba en los recintos que acogen los acervos, ya de por sí históricos en su arquitectura, y ni qué decir del momento en que tenía en sus manos los documentos; se podía sentir su embelamiento ante éstos, esa capacidad de asombro que nunca perdió ni con el pasar de los años ni con la frecuencia de sus consultas. La maestra desarrollaba pues “el gusto del archivo”,³ esa comunicación que el historiador puede entablar con la palabra escrita, con la persona que está transmitiendo un hecho o diferentes hechos a los que su receptor dará voz, y dar lugar así a la denuncia o complicidad mágica en tiempo y espacio. Historiador —decía— es quien averigua, quien escarba en el pasado.⁴

Su contacto con los documentos históricos no sólo fue como investigadora, sino también como archivista y bibliógrafa; clasificando y determinando dónde habría que situar tal o cual testimonio; “pensando el archivo”,⁵ procurando entenderlo fijando un orden y selección; instruyendo a quienes estaban a su alrededor sobre el respeto que se le debía mostrar a cada uno de aquellos documentos que se encontraba en un mundo de papeles apolillados y maltratados sin un aparente valor. Había una gran tarea por hacer en el Archivo Histórico del Estado de Jalisco, donde fungió como directora. No obstante, la maestra estaba conciente de que la clasificación y conservación de un archivo es inagotable, ya sea por la actualización de los instrumentos

3 Arlette Farge, *Gout de l'archive*, París: Seul, 1989, 152p.

4 Tomado de la entrevista publicada en la *Gaceta Universitaria*, *op. cit.*

5 Mauro Cerruti, Jean-François Fayet y Michel Porret (dirs), *Penser l'archive*, Lausanne: Antipodes, 2006, 331p.

de consulta como por la inclusión de nuevos criterios en el orden y manejo de los acervos. Por todo ello, sabía que el trabajo que requería ése y otros archivos debía ser constante e ininterrumpido. Aún ahora se aprecia y se agradece el gran esfuerzo que realizó en él, y la valiosa y cordial instrucción que dejó en todos los que junto con ella forjaron su rescate.

Algo que siempre admiré en su personalidad, que a la vez me parecía difícil entender, era el equilibrio que mantenía entre la maestra, la investigadora y la amiga: crítica, estricta y exigente, y al mismo tiempo el ser atento, comprensivo y generoso, tanto con ella misma como con los demás; pienso que todas estas actitudes eran las que la hacían tan brillante y sencilla a la vez. La prueba de todo ello es la huella que dejó por su paso en las diferentes instituciones en las que se desempeñó, donde no sólo dejó compañeros o colegas sino amigos que la siguieron estimando y apreciando aún después de su partida a otra institución, fueran éstas universidades, institutos, archivos o bibliotecas. Incluso guardaba estrecha amistad con personas que conocía desde su infancia o con personas que había conocido de la manera más fortuita, como su amiga limeña Consuelito, como ella la llamaba.

Por medio de Consuelo Sarabia, una amable química retirada, me enteré que esa amistad tan bonita que llevaban había nacido en un encuentro casual en las calles de Lima, donde la maestra le pidió información sobre la dirección de algún lugar, allí empezaron a platicar y a entablar una comunicación que mantuvieron siempre, sobre todo por correo postal. En el 2004 tuve la oportunidad de coincidir con ella en la casa de la maestra cuando, desde Perú, la visitaba por su enfermedad. Pasajes como éste son la prueba de que a la maestra le gustaba hacer amigos en cualquier lugar y en las circunstancias que fueran, y, lo que es más difícil aún, conservarlos; en consecuencia, ellos también le demostraban a ella su cariño.

Otro de los admirables matices de su carácter, tan difícil de encontrar pero que ella desarrollaba de manera inherente, era la coexistencia del dinamismo y la serenidad. Siempre estaba activa, llevaba a cabo diferentes proyectos y muchas actividades académicas a la vez; no obstante nunca perdía la paciencia ni la calma, y siempre tenía tiempo para distraerse y convivir con su familia y amigos. Amante del cine y de la

cocina, podía platicar de la última película que había visto como de la receta que había preparado para determinada ocasión, o bien, del partido de los Yankees contra Boston por el campeonato de la liga americana; pues el béisbol también le encantaba. Y ni qué hablar de la lectura, que era una de sus grandes pasiones, por ello no sólo se dedicó a leer libros de tantos géneros distintos, sino que consagró gran parte de su carrera a estudiarlos, a entender lo que constituían como fenómeno cultural. Le interesaba saber quién los había escrito, cuáles se imprimían y leían, quién se había encargado de su producción y venta, quién los leía y cómo los leían, cuánto costaban, cuáles eran los caminos que seguían en su mercado, cuáles eran permitidos y cuáles no, las corrientes de estudio sobre el tema y sus representantes; en fin, todo lo que pudiera desprenderse de la cultura escrita e impresa.

El hecho de que yo me fuera al extranjero a continuar mis estudios en 2002 no significó que perdiera contacto con la maestra, quien siempre me había apoyado en todo y cosa que seguiría haciendo siempre. Ella tuvo mucho que ver con el hecho de que yo pudiera realizar ese objetivo, para empezar, el contacto que entablé con el doctor François Xavier Guerra y también en obtener la beca del CONACYT. Gracias a la orientación y documentos que la maestra me facilitó pude reunir todo lo necesario para aplicar mi candidatura, a pesar de que en aquel tiempo se encontraba en cama; había sufrido su primera recaída. Siempre mantuvimos la comunicación, ya fuera vía Internet o por correo postal; nos contábamos la novedades académicas, culturales y sociales de cada lado del Atlántico, leía mis textos, me los comentaba y siempre me aconsejaba.

Desde mi partida sólo nos volvimos a ver en tres ocasiones, en las cuales perdíamos la noción del tiempo platicando (había tanto que contarse) pues además era una excelente conversadora. Quizá por la misma razón leerla resulta un placer; su obra no sólo es el resultado de sus investigaciones científicas sino que constituye un relato ameno de la historia regional.

Una de sus grandes preocupaciones cuando llevaba a cabo algún proyecto, además del aspecto teórico y constitutivo del mismo, era ser justa con quien estaba a su alrededor. Se preocupaba por darle el reconocimiento a cualquiera que hubiera colaborado con ella, cada uno

obtendría pues el crédito que le correspondía; reconocía abiertamente la ayuda que le prestaban los otros y lo agradecía públicamente. Su relación con ellos, así como con colegas y alumnos, no llegaba a las paredes de un cubículo o de las aulas, sino que se extendía hasta las puertas de su casa; con aquella espontaneidad con que podía decir: “y te vienes a comer a la casa”, lo que se volvió aún más común a partir de su enfermedad, pues su hogar se volvió la oficina y la escuela, o bien, la posada brindada a quienes pasaban por la ciudad. El hecho de ir a su casa era entrar en un mundo fascinante de libros, plantas, gatos, su perra Dolly, artesanías de todo el mundo —sobre todo mexicanas— y saludar a Marco —su esposo—, es decir, significaba entrar en su mundo, el mundo que ella le permitía explorar y disfrutar a los demás. Realmente era un placer hacer esas visitas que, aunque fueran de trabajo, le hacían a uno perder la noción del rigor laboral.

¿Y por qué una vida de aventura en la historia? Siempre tuve la impresión de que ella veía en cada investigación histórica que realizaba una interesante aventura de exploración y descubrimiento. Diría que veía la vida misma como una fascinante aventura, siempre buscando conocer más, en cualquier sentido: conocer más ciencia, más gente, más lugares, más técnica. Cualquiera que fuera el área, siempre estaba dispuesta a aprender más; tomaba cursos de fotografía, de computación, de natación, de francés, de alemán, contaba con unas ansias inagotables de conocimiento. Y ni qué hablar de lo referente al estudio de las ciencias sociales en general, y de la historia regional en particular; se interesaba en la reconstrucción del pasado de su región, para así poder entender su presente y contribuir en su mejoramiento, lo que representaría el futuro de su terruño.

Fueron pues muchos los campos de estudio en los que se adentró, pero especialmente en la historia de la educación, la historia de la mujer, la historia del libro, la historia de las élites y la historia de la Universidad (de Guadalajara). Todos éstos desde la perspectiva de la historia social en la época de la Colonia y la Independencia. Y como la región en la que había nacido y vivido se ubica en la antigua Nueva Galicia, y ésta abarcaba lo que hoy son, además de Jalisco, los estados de Nayarit, Colima, Aguascalientes, Sinaloa, Zacatecas y San Luís Potosí, le dedicó pues algún momento de su carrera a estudiar la historia de estos

lugares. Como resultado de ello podríamos mencionar la monografía que realizó sobre el estado de Sinaloa,⁶ y otros tantos artículos sobre diferentes entidades; siempre permaneció relacionada con la vida académica que se desarrollaba en los diferentes estados. No obstante, también se interesó por estudiar otras regiones, como la investigación que llevó a cabo sobre la circulación de libros al norte de la Nueva España en tres poblaciones: Santa Fe de Nuevo México, Parral y Durango, con base en 3000 libros localizados.⁷

Con gran placer tuvo la oportunidad de asistir a varios homenajes que se le ofrecieron en vida, los cuales, aunque nunca suficientes, disfrutó al máximo. El último de éstos que presencié fue organizado por el Colegio de Jalisco, institución para la que constituyó también un pilar importante tanto en su fundación como en su consolidación. En esta ceremonia fue nombrada maestra emérita; ella misma me contaría su sorpresa y satisfacción ante tal evento: “Nunca me imaginé lo emocionante y lo hermoso que fue”. Allí hablaron sus ex-compañeros y grandes amigos Héctor Aguilar Camín y Primitivo Rodríguez, “fue una noche de pura evocación”, agregaría. Esa emoción se unió a la que le produjo la asistencia de tanta gente con la cual el cariño era recíproco, como lo fueron sus compañeros de la Secundaria, de la Normal, de su generación de la Facultad de Filosofía y Letras, del COLMEX, del CIESAS, alumnos de la facultad e incluso de la primaria, otros tantos amigos y, por supuesto, su familia, me platicó asombrada: “era un mundo de gente”.

Nunca dejó de trabajar, ni en el periodo en que se veía obligada a caminar con bastón o andar en silla de ruedas o incluso cuando debía permanecer acostada; en ese estado y con el mismo entusiasmo participaba en congresos, revisaba tesis, asesoraba alumnos o impartía seminarios.

6 Carmen Castañeda, *Sinaloa: Tierra fértil entre la costa y la sierra*, 2da ed., México: SEP, Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos, 1994, 195p. Con una segunda edición y reimpresión en 1997.

7 Carmen Castañeda, «Circulación de libros en la frontera norte de la Nueva España, siglos XVI-XVIII », ponencia presentada en la XII Reunión de Historiadores Mexicanos, Estadunidenses y Canadienses. Costas y fronteras en la historia de México, realizada en Vancouver, Columbia Británica, Canadá, del 4 al 8 de octubre de 2006.

En alguna ocasión me comentó que se había ido hasta Zamora acostada en una camioneta para ser comentarista de cuatro ponencias; todo ello significaba un gran sacrificio para ella, pero difícilmente rechazaba una invitación académica. Sus participaciones en congresos, coloquios o defensas de tesis de los dos últimos años igual serían en Sevilla, Vancouver, ciudad de México, Colima, Zamora, Culiacán, Mazatlán o Zacatecas. Nunca dejó tampoco de disfrutar el tiempo que destinaba para salir de vacaciones; todavía a principios de año tenía los ánimos y la fuerza para viajar. Sus últimas visitas serían a Inglaterra, a los Países Nórdicos, a Mérida y a la Ruta de las bibliotecas en México; es decir, la visita de las Bibliotecas Palafoxiana en Puebla y la Fray Francisco de Burgoa en Oaxaca, las que ella llamaba bibliotecas-museo. Sería muy interesante rescatar las bitácoras que elaboró de ese viaje. En aquella ocasión visitaría además Tlaxcala, el DF y Querétaro.

El treinta de marzo recibí el último de sus correos electrónicos, y aunque no estaba bien de salud, pues me contaba que se sentía cansada, sin apetito —muy raro en ella—, agotada, con náuseas y frío, aún tenía ánimo para leerme y darme su opinión puntual sobre mis textos. Fueron nuevamente palabras de gran aliento; le había gustado mucho mi último artículo, lo cual aún me llena de gusto, sobre todo por el hecho de pensar que se fue con la satisfacción de lo que una alumna, de las que ella forjó y apoyó siempre, empezaría a dar sus frutos y llevaría a la práctica todas sus enseñanzas. Siento tanto no haber podido estar físicamente cerca de ella en sus últimos momentos, pero claro está que su ejemplo lo llevaré siempre en mi mente y su recuerdo en mi corazón: descanse en paz, maestra.